

el dedo, corrían á su encuentro, se ponían á las ventanas para verla pasar; los espectadores la alababan, y aun algunas veces los oía que la comparaban á Santa Catalina de Sena. Lo que agravaba aún este tormento ya tan sensible á su humildad, es que el tentador la instaba fuertemente á no salir ya para escapar á la atención pública y aun á despojarse de su santo hábito. Llegó esto á tanto que un día se vió obligada á correr á la capilla de Nuestra Señora del Rosario para recobrar allí las fuerzas y no sucumbir á la tentación.

Por lo demás, no se vió engañada en su esperanza, porque apenas se había arrodillado delante de la imagen de su augusta protectora, cuando poco á poco se restableció la calma en su corazón. Algunas terceras que se encontraban presentes, habiendo echado de ver su turbación la observaron con una atención sostenida y notaron lo siguiente: su semblante estaba muy pálido al principio de su oración, luego se tiñó de hermosos colores, en seguida se puso luminoso y centellante como una estrella; y finalmente, habiendo recobrado su color natural, pareció triunfante y les dijo con un aire alegre: "Valor, mis amadas hermanas, alabemos á Dios cuya bondad nos tiene todas juntas y unidas con su Magestad por un lazo de

indestructible caridad., Allí terminó la tentación que la agitaba y no volvió á reproducirse en lo sucesivo.

CAPÍTULO IV.

Sincera humildad de la sierva de Dios.

No es raro encontrar algunas personas que se humillan sin saber muy bien por qué. Oyen decir muchas veces que la humildad es una virtud preciosa, necesaria é indispensable, y esto las hace ejercitarse de vez en cuando en algunos actos de ella; pero estos actos, poco frecuentes y producidos por la persuasión más bien que por la convicción, no podrían hacerlas humildes por virtud: pues para poseer la verdadera humildad es preciso haber aprendido á conocerse á sí mismo por una consideración profunda de sus miserias y de su nada. Esto es lo que había hecho nuestra santa, y así su humildad era admirable como podrá juzgar el lector por algunos rasgos á los cuales estoy obligado á limitarme.

Era demasiado poco para Rosa el ocuparse de los trabajos más viles de la casa de sus padres, y quería descender hasta ser inferior á la criada, no sólo por los bajos sentimientos que tenía de sí misma, sino tam-

bien por los actos exteriores. Servía á su familia una india llamada Mariana, de la más baja extraccion y de una brusquedad poco comun. Rosa por humildad se hizo su compañera y le permitió que tomara una especie de autoridad sobre ella; pero esto no bastó para satisfacer la necesidad que experimentaba de despreciarse siempre más; y cuando se encontraba con esta criada en algun lugar desierto de la casa se tendía en el suelo y suplicaba á esta mujer que la hollara con los pies, que le escupiera la cara, que la llenara de injurias y aun la golpeará. Si Mariana rehusaba prestarle estos servicios ó no lo hacía muy seriamente, redoblabá sus instancias, y no se levantaba hasta que la había tratado segun sus deseos.

La singularidad de la vida de Rosa ponía muchas veces á sus padres de mal humor, y entónces la abrumaban de reproches y no le escaseaban las injurias. Mas ella en lugar de quejarse ó afligirse, convenía en sus pretendidas faltas, y las exageraba cuanto podía hacerlo sin mentira, por temor que no se creyese que era reprendida ó castigada sin razon. Aun habria querido convencerse á sí misma de la justicia de estos malos tratamientos: tan ávida así estaba de desprecios y sufrimientos.

En sus enfermedades tan continuas y do-

lorosas procuraba poner buen semblante en cuanto le era posible, disimulando el mal que padecía por temor de que se le proporcionase algun alivio. Si las convulsiones ó la alteracion del semblante llegaban á traicionarla, confesaba entónces la fuerza de sus sufrimientos, á fin de que se juzgase de la enormidad de sus pecados por la gravedad del castigo. No le bastaba, pues, despreciarse á sí misma, sino que aprovechaba todas las ocasiones de hacer participar á los demás de su opinion. Hé aquí porqué acostumbraba decir delante de sus amigas las palabras que voy á citar y otras semejantes. "Me admiro que una tierra que sustenta á tan grande pecadora no haya sido destruída por la ira de Dios; el lugar que yo merezco es en el fondo de los infiernos, en el lugar más bajo y más infame. ¿Qué soy yo en este mundo sino un peso inútil, una sentina repugnante, una cloaca abominable y un basurero que todos debían arrojar léjos de sí? Una criatura como yo no merece respirar el aire, gozar de la luz ni estar á cubierto bajo la bóveda de los cielos. La pureza de los elementos corre riesgo de ser manchada por la infeccion que encierro dentro de mí; y estal que sería capaz de corromper todas las aguas del Océano. ¿Cómo puede soportar la tierra sin doblgarse el peso

abrumador de mis crímenes?., Si sucedía algun contratiempo á su familia ó á su pueblo, no dejaba de imputarlo á sus pecados; y esto no era en ella un puro decir, sino una confesion dictada por una íntima persuacion; por esto no podía sufrir la incredulidad de los que conocían su inocencia, y nada la afligía tanto como el oírles decir que hablaba así por pura humildad. Vuestra caridad, les respondía, se resiste á creer lo que yo aseguro, no obstante que es muy cierto: creed, pues; á aquella á quien Dios ha hecho la gracia de conocerse á sí misma.

Acontecía muy frecuentemente que las personas presentes queriendo convencerla, oponían las alabanzas al mal que ella decía de sí misma; pero entónces se la veía temblar, palidecer y manifestar con sus lágrimas y gemidos la afliccion que le causaban estas palabras imprudentes. Un canónigo de la ciudad, muy amigo del contador Don Gonzalo, platicando un dia íntimamente con él, se puso á referir todo el bien que sabía de nuestra santa: desgraciadamente estaba ella allí en un aposento inmediato, oyendo todo lo que se decía, y fué tan viva la pena que sintió por esto, que no pudo soportar este discurso hasta el fin. Corrió, pues, á esconderse en el aposento de la hija del contador, llamada Micaela, y allí dió libre cur-

so á su dolor. Daba compasion ver y oír á esta humilde jóven que deploraba amargamente su suerte, se deshacía en lágrimas, maldecía las alabanzas, y se decía más injurias que elogios habia hecho de ella su malhadado panegirista. Creciendo más y más su indignacion contra sí misma, llegó al grado de maltratarse cruelmente, hiriendo con repetidos golpes el pecho y la cabeza, que ceñía una corona de espinas, de la que hablaremos en uno de los capítulos siguientes [VII]. Dejo á la consideracion del lector con qué alegría esta alma á quien los elogios afligian tan profundamente, debía acoger las señales de desprecio, los reproches y los insultos, y me abstengo de toda reflexion sobre una materia tan edificante, para no interrumpir mi relacion.

Isabel de Mejía, que era muy adicta á la sierva de Dios, testigo de las maceraciones que ejercía sobre su cuerpo quedó sobreco-gida de espanto: en consecuencia, fué á buscar al Padre Velazquez, confesor de Rosa y le dijo: Yo creo que es urgente que pongais órden á las mortificaciones de esta jóven, porque está destruyendo su salud y se está causando la muerte: y así, desaprobád sus austeridades como excesos temerarios, y prescribidle unos límites que no se atreva á traspasar; su conducta anterior bien me-

rece que le hagais los más severos reproches. El confesor, engañado por esta acusación vaga y general, se imaginó que Rosa hacía en esta línea algunas cosas que le ocultaba; fué, pues, á verla y sin pedirle ninguna esplicacion le dió una dura reprimenda. La humilde jóven, en lugar de excusarse, le pidió perdon y prometió corregirse.

Cuando se presentaba en el tribunal de la penitencia, lloraba con tanta abundancia y exhalaba unos sollozos tan desgarradores que se la habría creído culpable de los mayores crímenes. Y no obstante, ¿de qué se trataba? de acusaciones que las más veces no ofrecían materia suficiente á la absolucion. Tal es, en efecto, el testimonio que han dado sus confesores con voz unánime despues de la muerte de Rosa, añadiendo, que tenían tanta dificultad en encontrar verdaderos pecados en su vida pasada como en la presente. En cuanto á ella, santamente engañada por su profunda humildad, creía sin cesar tener necesidad de purificar su alma; y así se confesaba muchas veces en la semana, y además hacía todos los dias á su padre Santo Domingo una acusacion detallada de su conducta.

La mujer del contador declaró en el proceso, que durante los tres años que Rosa vivió en su casa, su conducta habia estado

siempre impregnada de la más rara humildad. No contenta con obedecernos á mi esposo y á mí, decía, obedecía á nuestros hijos y á las criadas de la casa. Nuestros menores deseos eran para ella como mandatos; y al ver el contento con que los cumplía, era fácil de juzgar que los consideraba como favores. Nada le repugnaba tanto como el hacer su voluntad propia, y esto llegaba á tal grado, que no habría bebido un vaso de agua fria, sin haber venido con los ojos bajos á pedir el permiso. En compensacion, se obtenía de ella todo lo que se quería, por obediencia. No citaré mas que un sólo hecho que acabará de manifestar más su profunda humildad. En su última enfermedad, cuando no le quedaba más que un cuarto de hora de vida, habiéndole presentado una criada un elíxir precioso, para reanimar su corazon desfallecido, respondió que no podía beberlo: entónces, replicó la criada, el padre de familia no estará contento, porque él me manda que venga á traerlo. A esta palabra que despertó su espíritu de obediencia, tomó el vaso y bebió todo su contenido; despues, haciendo un último esfuerzo, dijo con una voz moribunda: "Os suplico que vays á anunciar á mi señor que he podido, por su órden, lo que no podía naturalmente,

y que aun á las puertas de la muerte no he olvidado mi justa dependencia.,, Luego dirigiendo la palabra á todas la personas presentes, les suplicó que le perdonaran sus faltas á la obediencia y los malos ejemplos que hubiere podido darles.

Rosa, despues de haber destruido su cuerpo, no se imaginaba que hubiese en ella alguna cosa que pudiese fijar la atencion y atraerle alabanzas: puedo dar por prueba de ello el rasgo siguiente. Una mujer de su conocimiento, habiendo notado un dia al platicar con ella, la belleza de sus manos, tuvo la imprudencia de decir su parecer acerca de sus bellas proporciones y su peregrina blancura. A este cumplimiento inesperado, la jóven se estremeció de vergüenza y de admiracion. Luego que hubo salido esta mujer fué á toda prisa y sumergió sus manos en la cal viva teniéndolas allí hasta que la piel quedó horriblemente quemada: resultando de esta operacion dolorosa una incapacidad de accion tal, que por más de treinta dias no podía ni aun vestirse; y tuvo que reclamar el auxilio de una criada llamada Mariana, cuyo testimonio nos ha conservado este ejemplo admirable de su humildad.

La humilde vírgen, desde su infancia se había aplicado á destruir en si misma todo lo que podía agradar á los ojos mortales, y

puede decirse que logró conseguirlo á fuerza de ayunos y de maceraciones de toda especie. Figurémonos un cuerpo desecado, un semblante dulce y cubierto de una palidez mortal, unos ojos que habían perdido todo su brillo á fuerza de llorar, y he aquí lo que quedaba de esta jóven en otro tiempo tan hermosa. Creía, pues, Rosa haber conseguido su fin, es decir, estar á cubierto en lo de adelante de la alabanza y estimacion de los hombres; pero se engañaba. Su estado de destruccion había atraído la atencion pública, y no había gente en la ciudad que no lo atribuyese á sus grandes austeridades: por esto todo el mundo la alababa, la estimaba y la veneraba como santa. Por mucho tiempo ignoró lo que se decía respecto á ella; pero habiéndolo sabido al fin por algunas indiscreciones, concibió un extremo pesar, persuadida de que tenía más que temer de esta nueva gloria que de la vanidad á la cual la exponía en otro tiempo su hermosura. En su dolor recurrió á la oracion, su refugio ordinario, y pidió á Dios que compusiera de tal modo su semblante que el público no pudiese echar de ver sus austeridades. Y cosa admirable, Rosa recobró súbitamente su robustez y sus vivos colores: sus ojos extinguidos se reanimaron y todos sus miembros recobraron su antiguo vigor. En

una palabra, llegó á ponerse tan lozana, que los que la veían sin conocerla habrían podido jurar que jamás ayunaba.

En efecto, esto le dijeron en su cara algun tiempo despues, en un encuentro harto curioso. La jóven acababa de ayunar toda una cuaresma á pan y agua, y había permanecido en la iglesia sin salir de allí, desde el Jueves santo en la mañana hasta el dia siguiente á medio dia, y habia pasado como treinta horas sin tomar ningun alimento, cuando atravesando el pórtico con su madre para volver á su casa, llamó la atencion de un grupo de jóvenes que estaban platicando. Maravillados de su hermosura hicieron juicio temerario y se expresaron en voz alta diciendo: "Mirad esta religiosa tan célebre por su penitencia: ¿en dónde ha tomado ese color sonrosado sino en un festin? Esto es muy edificante sobre todo en el dia en que estamos. Ignorábamos cómo ayunan las beatas, pero ahora ya lo sabemos.,, Esta inepta censura desagradó mucho á la madre de Rosa; pero la humilde jóven quedó encantada viendo que sus ayunos quedaban tan bien ocultos que se la sospechaba de harto reglada.

No estaba nuestra santa ménos atenta en ocultar el tesoro de sus otras virtudes, á fin de sustraerse á la rapacidad de las alaban-

zas humanas: y así, lo que conocemos de su santa vida es muy poco, en comparacion de lo que supo ocultar á las miradas de los hombres. ¿Cuántos actos heróicos haría, que no son conocidos más que de sólo Dios? Sobre todo, sabía ocultar tan bien los favores celestiales, que su madre y sus compañeras, á pesar de su sagacidad, no descubrieron sino muy pocas cosas. Sus mismos confesores no estaban mejor instruidos, como se verá por el hecho que voy á referir.

Una persona muy recomendable por su religion y sus virtudes, deseaba hacia mucho tiempo conocer las maravillas que la gracia obraba en el alma de Rosa. Despues de haber agotado en vano todos los medios que su espíritu le había sugerido, le vino al pensamiento que el religioso con quien la jóven se confesaba podría satisfacerla, fué, pues, á buscarle y le suplicó qué hiciera hablar á la santa, sea haciéndole preguntas capciosas, sea usando para ello, si era preciso, de su autoridad. El confesor rehusó mucho tiempo acometer una empresa que sabía era muy difícil; pero al fin, vencido por las instancias prometió el intentarlo. Y efectivamente, habiendo encontrado una ocasion que le parecía favorable, se resolvió á hacerle algunas preguntas insidiosas y al mismo tiempo muy astutas; pero la santa jó-

ven, viendo á donde se dirigían le detuvo por estas palabras llenas de dulzura: "Yo os diré, padre mio, que desde mí más tierna infancia he suplicado al Señor que no permitiera que los favores que me concediera fuesen conocidos de ningun mortal. Este Dios de bondad se ha dignado escuchar mis ruegos. ¿Qué diría ahora si yo misma fuese á publicar sus beneficios? Así, no más preguntas sobre esta clase de cosas, padre mio, pues sería fatigaros y mortificarme inútilmente. Por otra parte, no convendría que el ministro de Dios me privase de una gracia concedida por su Maestro.,," No obstante, tuvo nuestra santa que abrir su corazón sobre este particular en dos ocasiones, de las cuales hablaremos en el capítulo XIII. Pero al obedecer á sus superiores que querían examinar el espíritu que la animaba, supo tan bien pesar sus palabras, que las más grandes maravillas de la gracia en ella no fueron descubiertas.

Debemos decir que en esto fué Rosa maravillosamente protegida por la Reina de las vírgenes. He aquí un hecho que lo probará. Un día que la santa jóven había ido á orar segun su costumbre, á la iglesia de Santo Domingo, acordándose que había dejado en su aposento un instrumento de penitencia descubierto, este pensamiento la hizo rubo-

rizarse é inquietó fuertemente su humildad: y por esto recurriendo á Maria imploró el auxilio de su poder suplicándola que ocultara este objeto en un lugar que le designó. Apenas hubo hecho esta súplica cuando sus temores se desvanecieron y la calma volvió á su espíritu: habiendo luego vuelto á su casa encontró su instrumento, no ya donde lo había dejado, sino en el lugar que le había indicado á la Santísima Virgen.

Una alma tan humilde no podía dejar de ser muy dulce; porque ¿de dónde puede venir la aspereza del carácter sino de un orgullo que no se ha sabido dominar? Su semblante era siempre gracioso, su acceso fácil, todos sus modales llenos de afabilidad y su conversacion de lo más amable. Las personas que vivieron en su intimidad, llamadas despues de la muerte de Rosa á depouer acerca de su conducta, declararon que nunca se permitió ninguna palabra capaz de contristar á los demás, ó de alterar la caridad; que sus discursos estaban exentos de afectacion, de jactancia y de ostentacion; que su aspecto y su humor no manifestaban nada de triste ni austero; por el contrario, decían, encantaba á todos los que se le acercaban, por su modestia, su olvido de sí misma, su cortesania y sus atenciones delicadas. Mas á pesar de esto no debemos

creer que esta rosa estuviese sin espinas; las tenía numerosas y muy aceradas, pero sus puntas estaban vueltas hácia adentro de sí misma, como lo veremos en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO V.

Abstinencias prodigiosas de Rosa y sus ayunos continuos.

Asentándolo sobre un fundamento tan profundo y tan sólido como su humildad, pudo la gracia con toda seguridad establecer el edificio de una perfeccion sublime; y esto es lo que hizo en efecto, impulsándola á la práctica de las más grandes y difíciles virtudes. Desgraciadamente, como ya dije, supo Rosa sustraernos la mayor parte de sus actos heróicos; mas por lo menos podremos hablar de sus ayunos y de sus abstinencias que no le fué posible ocultar á las personas con quienes vivía. Queriendo imitar á Santa Catalina de Sena en su mortificacion como en todo lo demás, púsose á seguir el mismo camino, es decir, que por diminuciones progresivas en su alimento llegó á pasarse sin él casi enteramente. Citemos los hechos en apoyo de una asercion tan extraordinaria.

Desde su más tierna infancia se prohibió todo uso de frutas, mortificacion heróica, como lo comprenderá todo el que conoce bien los gustos de los niños. Su madre, ignorando la razon de esta abstinencia, atribuía la á un disgusto natural que le parecía muy sorprendente, y le daba las frutas más bellas, y de exquisito olor para ayudarla á vencer esta repugnancia inconcebible. Rosa la recibía con gratitud; pero en lugar de comerlas se apresuraba á darlas á sus amigas. No tenía más que seis años cuando comenzó á ayunar los viérnes y los sábados de cada semana, haciéndolo á pan y agua, á ménos que su madre no usase de su autoridad para hacerle tomar otros alimentos. A la edad de quince años hizo voto de no volver á comer carne, si no es cuando fuera obligada á ello por la obediencia: sábia y prudente reserva que hace ver que á pesar de su inexperiencia, sabía ya coordinar hábilmente las virtudes y hacer ceder las menores á las más importantes. Por lo demás, sabía siempre encontrar piadosos extratagemas para escapar á las órdenes que le impedían seguir su atractivo.

Algunas señoras piadosas de la ciudad, por amistad para con su madre, y más todavía quizá por devocion á Rosa, las invita-